

en su familia por juro de heredad todos sus honores (1). Mas con extrañeza se vió que para esta expedición no le suministrarán sino cuatro carabelas con ciento cincuenta hombres de mar, miserable armamento, comparado con la magnífica escuadra que acababa de llevar Ovando (2). Pero acostumbrado el navegante genovés á desafiar los mares y los peligros y á acometer grandes empresas con escasos recursos, no vaciló en aceptar la pequeña flota, y emprendió su cuarta expedición, dándose á la vela en el puerto de Cádiz (9 de mayo, 1502).

La necesidad de tomar agua y reparar algunas averías de sus buques obligó á Colon á tocar en la Española (3). Este hombre insigne era bien desgraciado. ¿Quién lo creería? El gobernador Ovando se negó bruscamente á dar abrigo por un momento al mismo hombre sin el cual ni habría isla para los españoles ni gobierno para él. La Providencia pareció encargarse de castigar visiblemente aquella ingratitude. Colon habia observado en el horizonte señales de que iba á sobrevenir una horrorosa borrasca, y en su carta á Ovando le aconsejaba que suspendiera la partida de una flota que estaba para llevar anclas, y era la que habia de traer á España á Bobadilla y á los revoltosos de la Española con los tesoros mal adquiridos. El nuevo gobernador despreció el aviso, salió la flota compuesta de diez y ocho buques, levantóse un furioso huracan como Colon habia previsto, catorce ó quince naves fueron tragadas por las embravecidas olas, sepultáronse en ellas las que traían á Bobadilla y á los enemigos de Colon, perecieron multitud de españoles, perdiéronse doscientos mil castellanos de oro, y solo llegó á España sano y salvo el buque en que venia la parte perteneciente al almirante, que consistía en cuatro mil onzas de oro (4). Colon casi presenció el desastre desde la rada en que se habia abrigado, y pasada la tormenta dió las velas al viento y se alejó de aquella tierra inhospitalaria.

Este cuarto y último viaje del marino genovés fué una cadena de trabajos y de esperanzas frustradas. Despues de descubrir la Guayana y atravesar el golfo de Honduras, cuyos habitantes le indicaron que llevaban de Occidente el oro de sus adornos, en lugar de tomar aquel rumbo que le hubiera llevado al imperio mejicano, giró al Sur, siempre con el pensamiento de descubrir una comunicacion con el mar de las Indias. Arribó al golfo de Darien; con mucho trabajo exploró la costa del continente meridional, é hizo muchos viajes al interior, mas sin poder hallar el estrecho que buscaba, y aun sin llegar á reconocer cuán poco ancho es el istmo que separa el golfo de Méjico del gran mar del Sur. «En este reconocimiento, dice un escritor ilustrado, adquirió únicamente la triste prueba de que el paso que habia imaginado no existía, y no

tuvo el consuelo de poder decir que si se habia frustrado su esperanza es porque la misma naturaleza se ha engañado en sus esfuerzos, puesto que parece haber intentado abrir uno, y no ha podido conseguirlo.» Finalmente, frustrado su intento de establecer una colonia en la provincia de Veragua, por haberle expulsado de ella sus feroces naturales, y despues de haber perdido sus cuatro buques en las costas de la Jamaica queriendo volver á Europa, llegó como un pobre naufrago á aquella isla (1503), donde le detuvo mas de un año el gobernador Ovando. Pudo al fin fletar un mediano buque á sus expensas, y despues de haber sufrido terribles borrascas y privaciones, y vistose juguete de las olas en las inmensidades de aquel Océano que parecia habia llegado á dominar, arribó por último en el mas deplorable estado á su apetecida España (7 de noviembre, 1504), dando fondo en el puerto de Sanlúcar (5).

Allí le dejaremos por ahora, para dar cuenta mas adelante de la suerte que por término de su carrera le estaba reservada, y del fin que tuvo este hombre extraordinario, con quien tan caprichosa se habia mostrado la fortuna.

Diremos ahora, por conclusion de este capítulo, que el ejemplo de Colon y sus resultados excitaron tal afición á las expediciones marítimas y tal afán por los descubrimientos, que al espirar el siglo XV y en los primeros años del XVI, contábase ya varios navegantes, así de España como de otros reinos, que se habian lanzado á los mares de Occidente en busca de nuevas regiones, si bien llevando los mas de ellos el derrotero que les habia enseñado el sabio genovés. Contribuyó á dar este impulso en España la facultad que en 1495 (10 de abril) otorgaron los Reyes Católicos para que cualquiera pudiese ir libremente, ya á buscar fortuna en los países descubiertos, ya á descubrir otros nuevos, bajo ciertas condiciones. Y aunque en los primeros años el descrédito en que las expediciones habian en aquella sazón caído retrajo á los mercaderes y aventureros, animáronse algun tiempo despues. Rompió la marcha el intrépido Alonso de Ojeda, que habia acompañado á Colon en su primer viaje, y aunque no se desvió del rumbo que habia visto llevar al almirante, llegó á Tierra Firme, y costeano hasta el golfo de Paria y continuando su viaje hácia el Oeste, arribó hasta el cabo Vela, mas lejos todavía que Colon. Los hermanos Pinzones, compañeros tambien del almirante, partieron de Palos en cuatro carabelas, y fueron los primeros europeos que atravesaron la línea en el Océano occidental: estos atrevidos marinos, sin guia y sin conocimiento del hemisferio en que habian penetrado, llegaron en 1500 á la extremidad oriental del Brasil, y prosiguiendo desde allí á Occidente exploraron hasta el rio de las Amazonas. Otro marinero, tambien de Palos, nombrado Diego Lepe, dobló el cabo de San Agustín, y reconoció que la costa se prolongaba mucho mas allá hácia Sur-Oeste. Y ya hemos mencionado antes la expedición de Rodrigo de Bastidas (6).

Tambien á los extranjeros habia alcanzado este furor por los descubrimientos que Colon habia impreso á los espíritus de su siglo. Los hermanos Juan y Sebastian Cabot, venecianos establecidos en Bristol, salieron en 1497 de este puerto de Inglaterra en una pequeña flota costeada por el rey Enrique VII en busca de tierras desconocidas. Sebastian, que quedó mandando la escuadrilla, tal vez por muerte de su hermano, adoptando las ideas de Colon, buscó la extremidad del Asia esperando hallar para las Indias un paso que no existe. Pero bajando

(1) Herrera, Indias Occidentales, lib. V, c. 1.—Fernando Colon, Historia del Almirante, cap. 87.

(2) El señor Prescott, al paso que hace al gobierno español un cargo que parece justo por los mezquinos medios que en esta ocasion proporcionó al almirante, le vindica con buenas razones de otra acusacion que muchos han querido hacer á los reyes y al gobierno de España, á saber, de no haber repuesto pronto á Colon en el gobierno y vireinato de la colonia. Demuestra Prescott, que no hubiera sido esto prudente, y para ello esfuerza con buena lógica algunas de las razones que nosotros hemos apuntado, y añade otras fundadas en el carácter personal del ilustre marino y en sus ideas erradas de gobierno, que no le hacían á propósito para volver á ejercer el mando en aquellas circunstancias. Historia del reinado de los Reyes Católicos, part. II, c. 8.

(3) «Pidió permiso, dice Washington Irving, para tocar en la Española en su viaje de ida con el objeto de tomar provisiones, pero los soberanos le prohibieron hacerlo.»

«El almirante, dice Prescott, habia recibido instrucciones para no tocar en la Española en este viaje. *The admiral had received instructions not to touch at Hispaniola on his outward voyage.*»

«El almirante habia resuelto, dice Lamartine, tocar al paso en la Española para reparar sus buques. La corte le habia autorizado para ello. *Il avait résolu de toucher en passant à Hispaniola pour se redoubler. Il avait cette autorisation de la cour.*»

Unos y otros se equivocan diciendo cosas contrarias. En la instruccion que los reyes dieron al almirante le dijeron solamente: *Habéis de ir vuestro viaje derecho, si el tiempo no os ficiere contrario, á descubrir las Islas é Tierra Firme, etc.*» No se decia mas en las instrucciones.—Navarrete, Coleccion, tom. I, cuarto y último viaje de Colon, pág. 279.

(4) Fernando Colon, Hist. del Almirante, cap. 87.—Herrera, Indias Occidentales, lib. V, cap. 2.—Mártir, De Rebus Oceanicis, dec. lib. I. 10.

(5) Hállanse en Navarrete, Coleccion de Viajes, tom. I, los siguientes documentos relativos al cuarto y último viaje de Cristóbal Colon: *Relacion del viaje é de la tierra agora nuevamente descubierta por el Almirante don Cristóbal Colon: Por Diego de Porres.—Carta que escribió don Cristóbal Colon, Virey y Almirante de las Indias, á los cristianísimos y muy poderosos Rey y Reina de España, nuestros Señores, en que les notifica cuanto le ha acontecido en su viaje; y las tierras, provincias, ciudades, ríos y otras cosas maravillosas y donde hay minas de oro en mucha cantidad, y otras cosas de gran riqueza y valor:* fecha en Jamaica, á 7 de julio de 1503.—*Relacion hecha por Diego Mendez de algunos acontecimientos del último viaje del Almirante don Cristóbal Colon.*—Cartas de don Cristóbal Colon á varias personas.

(6) Navarrete, Coleccion de Viajes, tom. I.

CAPÍTULO XVI
GUERRAS DE ITALIA

Partición de Nápoles

DE 1498 Á 1502

Designios de Luis XII de Francia sobre Milan y Nápoles.—Confederase con el papa y con la república de Venecia.—Se apodera del Milanésado.—Crítica situación de don Fadrique de Nápoles.—Pide auxilio al Gran Turco.—Conducta de don Fernando el Católico.—Propone al rey de Francia partir entre sí el reino de Nápoles.—Armada española en Sicilia.—El Gran Capitan recobra á Cefalonia de los turcos.—Tratado de partición de Nápoles entre Francia y España.—Apruébale el papa y les da la investidura.—Desmanes de los franceses en Italia.—Rivalizan en generosidad Gonzalo de Córdoba y don Fadrique de Nápoles.—Desgraciada suerte de este príncipe.—Gonzalo de Córdoba sitia á Tarento.—Trabajos de la tropa en el cerco.—Insurrección militar.—Peligro y serenidad de Gonzalo.—Sosiega el motin.—Rendición de Tarento.—Comportamiento del Gran Capitan con el duque de Calabria.—Falta á la capitulación.—El duque es traído prisionero á España.

El lector recordará que en el primer movimiento de insurrección de los moros de las Alpujarras el Gran Capitan Gonzalo de Córdoba fué de los que acudieron presurosos á sofocarla, y el primero que asaltó y rindió la villa y castillo de Guejar. Desde entonces, aunque se reprodujeron las sublevaciones en las ásperas montañas del reino granadino, el Gran Capitan no volvió á aparecer en el campo de los insurrectos, ni nosotros le mencionamos ya mas en aquel capítulo, sino para decir que era hermano suyo el esforzado y brioso don Alonso de Aguilar, que murió haciendo prodigios de personal valor en las fragosidades de aquellas sierras. El Gran Capitan no pudo socorrer ni vengar á su hermano, porque no se hallaba en España. El rey don Fernando le había destinado á otro campo mas digno de sus altas prendas militares, el teatro de sus mas gloriosos triunfos, á Italia, cuyo estado reclamaba otra vez la presencia del vencedor de Aubigny y de Carlos VIII de Francia. Grandes sucesos acontecian allí, y muy importantes para la monarquía española.

Muerto el rey Carlos VIII de Francia, su sucesor Luis XII comenzó á manifestar desde que subió al trono, contra lo que se esperaba de su mayor edad y experiencia, los mismos ambiciosos proyectos que tan caros habían costado á su temerario antecesor, sobre los Estados de Milan y de Nápoles. Alentábanle en sus designios de usurpacion muchos caballeros franceses ansiosos de medrar en la guerra, y en la misma Italia encontró tambien muy pronto príncipes ó maliciosos ó débiles que se prestaran á servirle de instrumento en sus planes. El papa Alejandro VI se hallaba altamente resentido del rey don Fadrique de Nápoles por haberse este negado obstinadamente á dar su hija en matrimonio al hijo del papa, el cardenal César Borgia, que, como dijimos, estaba resuelto, con anuencia de su padre, á dar el escándalo de trocar el capelo por el tálamo nupcial. Con esto le fué fácil al monarca francés atraer al pontífice á una liga contra el de Nápoles, halagándole con dar á su hijo César la mano de una princesa napolitana, húngara, navarra ó francesa, y además el ducado de Valentinois. Conveníale tambien al francés tener propicio al papa á fin de obtener de la Santa Sede su divorcio de la reina Juana que andaba solicitando. Tales fueron y tan bastardos los móviles que impulsaron al papa Alejandro VI y al rey Luis XII de Francia á confederarse contra el inocente don Fadrique de Nápoles (3).

La república de Venecia aceptó tambien la alianza que le propuso el francés contra el duque Sforza de Milan, y accedió á juntar sus armas para derrocarlo, con la mezquina

(3) El hijo de Alejandro, el cardenal César Borgia, obispo que había sido de Pamplona y arzobispo de Valencia en España, aquel de quien decía el embajador español Garcilaso que «aun para lego era demasiado deshonesto» despues de haber escandalizado con su conducta la cristianidad, renunció en efecto las órdenes sagradas, la púrpura cardenalicia, y las iglesias y beneficios que poseía, y se volvió al estado seglar, y se fué á Francia para ser duque y casado, y causar mil turbaciones en los Estados cristianos, y hacerse un hombre monstruoso y abominable.

hacia Sur-Oeste descubrió la Tierra Nueva (*Newfoundland*), visitó la costa occidental de la América del Norte, y variando de rumbo dió la vuelta al cabo de la Florida, desde cuyo punto por falta de provisiones tuvo que regresar á Bristol. Este es el hombre que los ingleses, en sus aspiraciones á ser los primeros del mundo en todos los ramos de la marina, han pretendido presentar como rival de Colon, diciendo con énfasis: «Cabot fué para Inglaterra lo que Colon para España: este descubrió á los españoles las Islas, aquel descubrió á los ingleses el continente de América.» Esfuerzos de rivalidad, que no han podido arrancar á Cristóbal Colon la gloria de haber sido el primer descubridor del Nuevo Mundo.

Ya hemos indicado el viaje del portugués Vasco de Gama en 1498, y cómo dobló el cabo de Buena Esperanza y abrió por mar un tránsito á las Indias. Otro portugués, Pedro Alvarez Cabral, enviado por el rey don Manuel en 1500 con trece buques á las Indias orientales, se vió arrojado por una tempestad á unas costas hasta entonces desconocidas, de que tomó posesion en nombre de su soberano. Esta tierra era el Brasil. Volviendo despues á tomar su primitiva ruta, llegó á las grandes Indias, término de su viaje, y fué el primero que entabló con los indígenas las relaciones comerciales que tan útiles fueron despues á Portugal; en 1501 regresó á Lisboa con un rico cargamento de producciones de aquellos países.

Pero entre todos merece especial mencion el que tuvo la inesperada fortuna de dar para siempre su nombre á un mundo que él no había descubierto, privando á Cristóbal Colon, y aun pudiéramos decir usurpándole ó robándole una gloria á que él solo tenía derecho. Ya se entenderá que hablamos de Américo Vespucci, ó Vespuccio. Este mercader florentino, que hizo su primer viaje como aventurero con el español Alonso de Ojeda en 1499, era ciertamente un buen geógrafo y un buen marino, y como tal tomó tal ascendiente sobre sus compañeros, que el mismo Ojeda concluyó por someterse á sus órdenes. Á su regreso á Europa, á petición de uno de los príncipes de la familia de los Médicis, escribió una relacion de sus aventuras, y de supuestos viajes y descubrimientos, muy propia por cierta elegancia de estilo y por lo maravilloso del relato para excitar las imaginaciones exaltadas, y aun para sorprender la buena fe de algunos cosmógrafos en aquella época de grandes errores geográficos. Esta relacion fué impresa y reimpressa con títulos pomposos en Alemania, en Italia y en Francia, con lo cual iba creciendo prodigiosamente la fama del navegante florentino. A poco tiempo un autor alemán publicó un libro sobre las navegaciones de *Américo Vespuccio*, en el cual por primera vez se proponía dar al Nuevo Mundo el nombre de *América* (1). El nombre hizo fortuna, la moda le adoptó, y el tiempo le fué sancionando. En vano los españoles Las Casas, Herrera y otros célebres historiadores de Indias reclamaron contra la usurpacion y contra el impostor; era ya tarde para remediar el mal y castigar la impostura; la costumbre y la rutina habían triunfado. Sensible es; pero si al Nuevo Mundo le quedó para siempre el mentido nombre de América, el Mundo Nuevo y el Mundo Antiguo reconocerán perpetuamente en Cristóbal Colon el mérito indisputable de haberle imaginado ó de haberle descubierto (2).

(1) La obra se publicó en 1507 (despues de la muerte de Colon), con el título de: *Cosmographie introductio insuper quatuor Americi navigationes*.

(2) Para que se vea en cuán diferente predicamento se tenía en España á Vespuccio y á Colon, baste decir que despues de diez y seis años de descubierto el Nuevo Mundo por el *Almirante Colon*, se nombraba solamente á Américo Vespuccio *piloto mayor*.—Real título expedido por el rey don Fernando en Valladolid á 16 de agosto de 1508. Archivo de Simancas; y Navarrete, Coleccion, tomo III, pág. 299.

Washington Irving en el apéndice 9 á la Vida de Colon ha tratado este punto con mucha lucidez é imparcialidad; pero todas las dudas desaparecen á presencia de los documentos y cartas originales insertos en el citado tomo de la Coleccion de Viajes de don Martin Fernandez de Navarrete.